

Autor
Pierre Gripari

Ilustrador
Claude Lapointe

Los cuentos de la calle Broca 2



LAROUSSE

ÍNDICE



El diablito bueno

6

*El gigante
de las calcetas rojas*

30

La bruja de la calle

Mouffétard

46

*No-sé-quién, no-sé-qué
o La mujer de buen juicio*

*(basado en varios
cuentos rusos)*

60





El DIABLITO BUENO



Érase una vez un lindo diablito, todo rojo, con dos cuernos negros y dos alas de murciélago. Su papá era un gran diablo verde, y su mamá, una diabla negra. Los tres vivían en un lugar llamado Infierno, situado en el centro de la Tierra.

El Infierno no es como donde vivimos nosotros. Es más bien lo contrario: todo lo que está bien para nosotros está mal en el Infierno, y todo lo que está mal para nosotros es considerado bueno allá abajo. Por eso, en principio, los diablos son malos. Para ellos, está bien ser malo.

Pero nuestro diablito quería ser bueno, lo cual era la desgracia de su familia. Cada tarde, al regresar de la escuela, su padre le preguntaba:

—¿Qué hiciste hoy?

—Fui a la escuela.

—¡Caradura! ¿Hiciste tu tarea?

—Sí, papá.

—¡Zopenco! ¿Habías estudiado?

—Sí, papá.

—¡Desgraciado! Espero que al menos te hayas distraído.

—Mmm...

—¿Les pegaste a tus compañeros?

—No, papá.

—¿No estuviste lanzando bolitas de papel?

—No, papá.

—¿Acaso no pensaste en poner tachuelas sobre el asiento del profesor para que se pinchara el trasero?

—No, papá.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Bueno, escribí un dictado, resolví dos ejercicios de cálculo, un poco de historia, de geografía...

Al oír lo anterior, el pobre papá diablo se agarraba los cuernos con las dos manos como si quisiera arrancárselos:

—¿Qué demonios he hecho bien en la Tierra para tener un hijo como tú? Y pensar que, desde hace tantos años, tu madre y yo nos he-

mos sacrificado para darte una mala educación, para predicar con el mal ejemplo, ¡para hacer de ti un diablo deshecho y maltrecho! ¡Pero no! En lugar de dejarse tentar, ¡el señor resuelve problemas de cálculo! En fin, quiero que reflexiones: ¿Qué piensas hacer en el futuro?

—Quiero ser bueno —respondió el diablito.

Por supuesto, su madre lloraba, y su padre lo castigaba. Pero no había nada que hacer: el diablito se obstinaba. Al final, su padre le dijo:

—Hijo mío, me sacas de quicio. Hubiera querido convertirte en alguien, pero veo que es imposible. Esta misma semana, ¡fuiste el mejor en redacción! Por ello, decidí sacarte de la escuela y ponerte a trabajar. No serás más que un pequeño diablillo, un calentador de caldero... Lo siento por ti, ¡así lo quisiste!

Y, en efecto, al día siguiente el diablito no fue a la escuela. Su padre lo envió al Gran Caldero Central, y allí se encargó de avivar el fuego bajo una olla donde hervían veinte personas que habían sido muy muy malas durante su vida.



Pero allí tampoco cumplía el diablito. Se hacía amigo de los pobres condenados y, cada que podía, bajaba el fuego para que no pasaran tanto calor. Hablaba con ellos, les contaba historias divertidas para transformar sus ideas, y hasta los interrogaba:

—¿Por qué están aquí?

Entonces le respondían: matamos, robamos, hicimos esto y aquello...

—¿Y si se esforzaran en pensar en Dios? —preguntaba el diablito—. ¿No creen que quizá así las cosas se arreglarían?

—¡Para nada! —decían—. Una vez que caemos aquí, ¡es para siempre!

—No pasa nada. Piensen un poco en eso, en lo que no están tan acalorados...

Así lo hacían, y algunos de ellos incluso desaparecían de repente —¡pop!, como una burbuja de jabón— por haber pensado en eso. Era Dios que los había perdonado.

Aquello duró hasta el día en que el Gran Supervisor de Calderos Diabólicos realizó su inspección anual. Y cuando hubo llegado al caldero de nuestro diablito, ¡armó un escándalo!

—Pero ¿qué haces? Ese caldero debe contener veintiún personas ¡y no veo más que dieciocho! ¿Me explicas por qué? ¡Y el fuego está casi apagado! ¿Qué clase de trabajo es éste? Esto ya no es el Infierno, parece que estamos en Cancún. ¡Vamos, con fuerza, y que empiece a hervir!

Y en cuanto a ti, amiguito —se refería a nuestro joven diablo—, en cuanto a ti, ¡te pondremos a extraer carbón!

Y al día siguiente, el diablito trabajó en una mina de carbón. Armado con un pico, excavaba túneles y extraía grandes pedazos de carbón. Esta vez, estaban contentos con él, pues trabajaba arduamente. Por supuesto,

sabía que ese carbón era destinado a los calderos, pero era tal su disciplina que, cuando emprendía un trabajo, no podía evitar hacerlo bien.

Un día, al excavar un túnel en un yacimiento de antracita, dio un golpe con su pico y se encontró entre una oleada de luz. Echó un vistazo en el hoyo que había hecho, y vio una enorme sala subterránea muy iluminada, con un andén lleno de gente ocupada que subía y bajaba de un trenecito verde con un vagón rojo. ¡Era el metro!

—¡Qué cool! —pensó—. ¡Ahora estoy entre los humanos! ¡Ellos seguro podrán ayudarme a ser bueno!

Atravesó el hoyo y saltó sobre el andén. Pero, apenas lo vieron, todos huyeron gritando



a todo pulmón. Como era la hora pico, hubo una estampida, niños atrapados entre la gente y señoras aplastadas. Por más que el diablito gritara:

—¡Quédense! ¡No tengan miedo!

No lograba hacerse escuchar. La gente gritaba más fuerte que él.

Diez minutos más tarde, la estación estaba vacía, salvo por algunos fallecidos y otros heridos. Sin saber bien qué hacer, el diablito dio media vuelta, subió una escalera, dos escaleras, empujó una puerta y se encontró en la calle. Pero los bomberos, que ya lo esperaban, lo atacaron brutalmente con un chorro a presión. Quiso huir del otro lado, pero unos oficiales se abalanzaron sobre él, levantando sus porras. Quiso escapar, pero los helicópteros de la policía ya lo habían detectado. Afortunadamente, vio una alcantarilla abierta y logró meterse ahí.

Pasó toda la noche recorriendo el drenaje lleno de agua sucia. No fue hasta media noche que volvió a la superficie y se puso a caminar por los callejones oscuros, diciéndose a sí mismo:

—¡Tengo que encontrar alguien que me ayude! ¿Qué hago para explicarles que no soy malo?

Al decir esas palabras, se apareció una anciana que se aproximaba trotando. El diablo fue a su encuentro, tiró de su manga y la llamó con dulzura:

—Señora...

La anciana volteó.

—¿Qué pasa, hijo mío? ¿Sigues despierto a esta hora?

—Señora —dijo el diablito—, quiero ser bueno. ¿Qué debo hacer?

Al mismo tiempo, la anciana forzó la vista y observó los dos cuernos y las alas de murciélago. Se puso a balbucear:

—¡No! ¡No! ¡Piedad, Dios mío! ¡No lo volveré a hacer!

—¿Qué es lo que no volverá a hacer? —preguntó el diablito.

Pero la anciana no respondió, pues se desmayó.

“No hay manera”, pensó el diablo. “Aunque parecía amable”.

Se fue un poco más lejos y, pasando por la calle Broca, vio una tienda iluminada. Se acercó y vio por el cristal de la puerta a Papá Saíd, que ya había cerrado y se preparaba para irse a dormir. El diablo tocó a la puerta tímidamente:

—Disculpe, señor...

—¡Demasiado tarde! —dijo Papá Saíd.

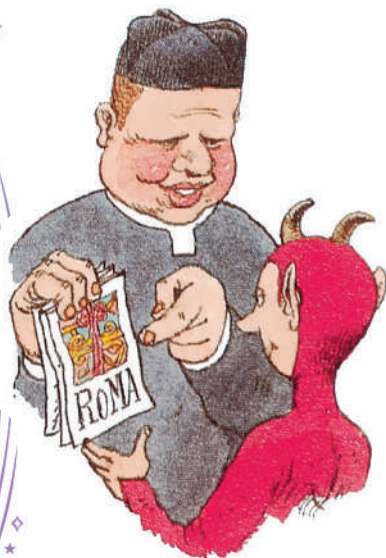
—Pero quisiera...

—¡Ya le dije que está cerrado!

—Pero no quiero beber, ¡quiero ser bueno!

—¡Demasiado tarde! ¡Vuelva mañana!

El diablito estaba desesperado. Comenzaba a preguntarse si no haría mejor volviendo al Infierno y volviéndose malo como todo el



mundo, cuando, de repente, oyó el paso de un hombre.

“Es mi última oportunidad”, pensó.

Se dio prisa, revoloteando en aquella dirección, y se detuvo en la esquina de una avenida. Una sombra negra fue a su encuentro. Era como una mujer, pero caminaba como un soldado, dando grandes zancadas. En realidad, era un cura vestido con su sotana que regresaba de la casa de un enfermo. El diablito lo abordó:

—Disculpe, señor...

—¿Disculpe?

El cura observó, dio un brinco y se puso a hacer todo tipo de gestos rápidos y graciosos frente a su rostro, murmurando un montón de cosas en latín que el diablo no comprendió.

Como el diablo era muy amable, esperó a que el cura terminara su escena, luego reanudó:

—Disculpe, señor. Soy un diablito y me gustaría ser bueno. ¿Qué debo hacer?

El padre abrió grande los ojos:

—¿Me preguntas qué debes hacer?

—Sí, para ser bueno. ¿Qué se hace, a mi edad, para ser bueno?

—Obedecer a tus padres —dijo el padre, sin pensar.

—Pero no puedo, señor. ¡Mis padres quisieran que yo fuera malo!
Esta vez, el padre empezó a comprender.

—¡Caray, es verdad! —dijo—. Pero, a su vez, ¡qué situación! Es la primera vez que escucho hablar de un caso similar... ¿Al menos eres sincero?

—Ah, ¡claro, señor!

—No sé si tengo el derecho de creerte... Escucha: de todas formas, la cuestión es demasiado grave como para resolverla yo mismo. Ve a buscar al papa en Roma.

—Eso haré, señor. Gracias, señor.

Y el diablito se fue.

Viajó toda la noche, y llegó a Roma a la mañana siguiente. Por fortuna, al sobrevolar el Vaticano, vio al papa en pleno rezo, completamente solo en su jardín. Bajó y se colocó a un lado suyo.

—Disculpe, señor papa.

El papa se volteó y lo miró molesto.

—Váyase —dijo—, no fue usted a quien pedí.

—Lo sé, señor papa, pero ¡yo lo necesito! Quiero ser bueno. ¿Qué debo hacer?

El papa se molestaba cada vez más.

—¿Usted? ¿Volverse bueno? ¡No me diga! ¡Usted ha venido a tentarme!
—¡Le aseguro que no! —exclamó el diablito—. ¿Por qué me rechaza antes de tiempo? ¿Y qué pierde usted dándome un consejo?

—Eso es cierto —dijo el papa, más calmado—. Después de todo, no pierdo nada. Bien, siéntese y cuénteme su historia. ¡Y cuidado con mentir!

El diablo no lo hizo esperar y le contó toda su vida desde el inicio. Conforme hablaba, la desconfianza del papa se derretía como nieve bajo el sol. Al final del relato, el Santo Padre casi lloraba.

—Es hermoso —murmuraba conmovido—. ¡Incluso muy hermoso para ser cierto! Que yo sepa, es la primera vez que sucede algo semejante... Bien, en ese caso, ¡supongo que así lo quiere Dios! Pequeño, sólo puedo darte un consejo: dirígete directamente a Él. Yo no soy más que un hombre, y sólo me encargo de los humanos.

—¿Tengo que ir al encuentro de Dios?

—Es lo mejor que puedes hacer.

—Pero ¿cómo?

—Bueno, es muy simple. ¿Tienes alas?

—Sí.

—En ese caso, vuela y llega lo más alto posible sin pensar en nada, cantando tan sólo la canción que te enseñaré a continuación. Es la canción que lleva al Cielo.

Y el papa cantó una canción a media voz, una cancioncita muy corta y realmente simple, pero muy muy bella. No me pida que la repita, pues si lo hiciera no estaría aquí, sino en el Cielo mismo.

Cuando el diablo se la aprendió de memoria, le agradeció al papa y se fue volando. Voló lo más alto que pudo sin pensar en nada, pero sin dejar de repetir la canción mágica.

¡Y en efecto! Apenas la cantó por tercera vez cuando ya se encontraba frente a una gran puerta blanca con un hombre enfrente, un anciano barbón vestido con una toga azul, peinado con una aureola y un juego de llaves. Era San Pedro.

—¡Alto ahí! ¿A dónde va usted con tanta calma?

—Quisiera hablar con Dios.

—¡Por Dios! ¡Ni más ni menos! ¡Con esos cuernos!

¡Y ese par de alas! Pero ¿es que no te has visto?

—¡Me envía el papa de Roma!

Esta vez, San Pedro se enfureció. Observó al diablo frunciendo el ceño, luego se puso a refunfuñar:

—El papa, el papa... Y por qué cree el papa, en primer lugar... Bueno, ya que estás aquí, harás el examen. ¿Sabes leer y escribir? ¿Sabes contar?

—Sí, ¡sí sé!



—Bueno, ¡seguro nunca has estudiado en una escuela!

—Disculpe, ¡pero sí lo hice!

—¿Ah sí? ¿Cuánto es dos más dos?

—Cuatro.

—¿Estás seguro? ¿Cómo sabes?

—Pues lo sé...

—Mmm, ¡le atinaste por suertudo! Bueno, ¿quieres hacer el examen?

—Sí, señor.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí, señor.

—¿No tienes miedo?

—No, señor.

—Bueno, ¡como quieras! Ven por aquí. Verás, allá está el gran patio. La primera puerta a la derecha es la oficina del pequeño Jesús. Él te aplicará el examen de lectura.

—Gracias, señor.

El diablo entró, pasó bajo un pórtico y se encontró frente al gran patio. Era como un patio de escuela, rodeado de un porche cubierto. Detrás de los arcos, se distinguían grandes puertas con cristales pintadas de verde. La primera puerta a la derecha tenía una placa de cobre con una inscripción:

PEQUEÑO JESÚS

Hijo de Dios

Entre sin tocar

El diablo abrió la puerta y se encontró en un salón de clases. El pequeño Jesús estaba sentado en una silla. Era un niño rubio, vestido con una camisa de tela gruesa y una aureola detrás de la cabeza, pero mucho más bonita que la de San Pedro.

—¡Adelante, adelante! —dijo.

—Pequeño Jesús —dijo el diablo—, vengo a...

—No te molestes, ya lo sé. ¿Vienes a hacer el examen de lectura?

—Sí, pequeño Jesús.

—Bueno, acércate y lee esto.

El diablo se acercó y el pequeño Jesús le dio un libro abierto. Pero al mirarlo, el diablo se dio cuenta de que las páginas estaban en blanco.

—Bien, ¡lee! —dijo el pequeño Jesús.

El diablo observó la página, luego miró al pequeño Jesús para ver si se burlaba de él. Pero no: estaba muy serio.



—Vamos, te escucho. ¿Sabes leer? ¿Sí o no?

El diablo observó una vez más el libro y dijo:

—Pero no hay nada escrito: son páginas en blanco.

Y apenas terminó el enunciado, las palabras que pronunció se escribieron en la página izquierda, en letras mayúsculas: PERO NO HAY NADA ESCRITO: SON PÁGINAS EN BLANCO.

—Déjame ver —dijo el pequeño Jesús.

Tomó el libro y leyó a media voz:

—Pero no hay nada escrito: son páginas en blanco.

Luego levantó la cabeza y le sonrió al diablo.

—Perfecto.

—Entonces, ¿pasé el examen? —preguntó el diablo.

—¡No tan rápido! Pasaste el examen de lectura. Ahora vas a ir al salón de al lado con Dios, mi padre. Él te aplicará el examen de escritura. ¡Adelante!

—Adiós, pequeño Jesús —dijo el diablo—. ¡Y gracias!

—Adiós.

El diablo salió, dio vuelta a la derecha y se detuvo frente a la segunda puerta. Había una placa de plata con una inscripción grabada:

DIOS

Abierto a todas horas

Entre sin tocar

El diablo entró. Este segundo salón era como el primero, pero mucho más pequeño. Dios también estaba sentado en una silla. Era un anciano con una larga y blanca barba, vestido con una túnica roja y, en la cabeza, una aureola de dos niveles. El diablo dijo:

—Señor Dios...

—No te molestes, lo sé todo. Mi hijo te envía para pasar el examen de escritura.

—Sí, señor...

—No se diga más. Siéntate, te voy a hacer un dictado.

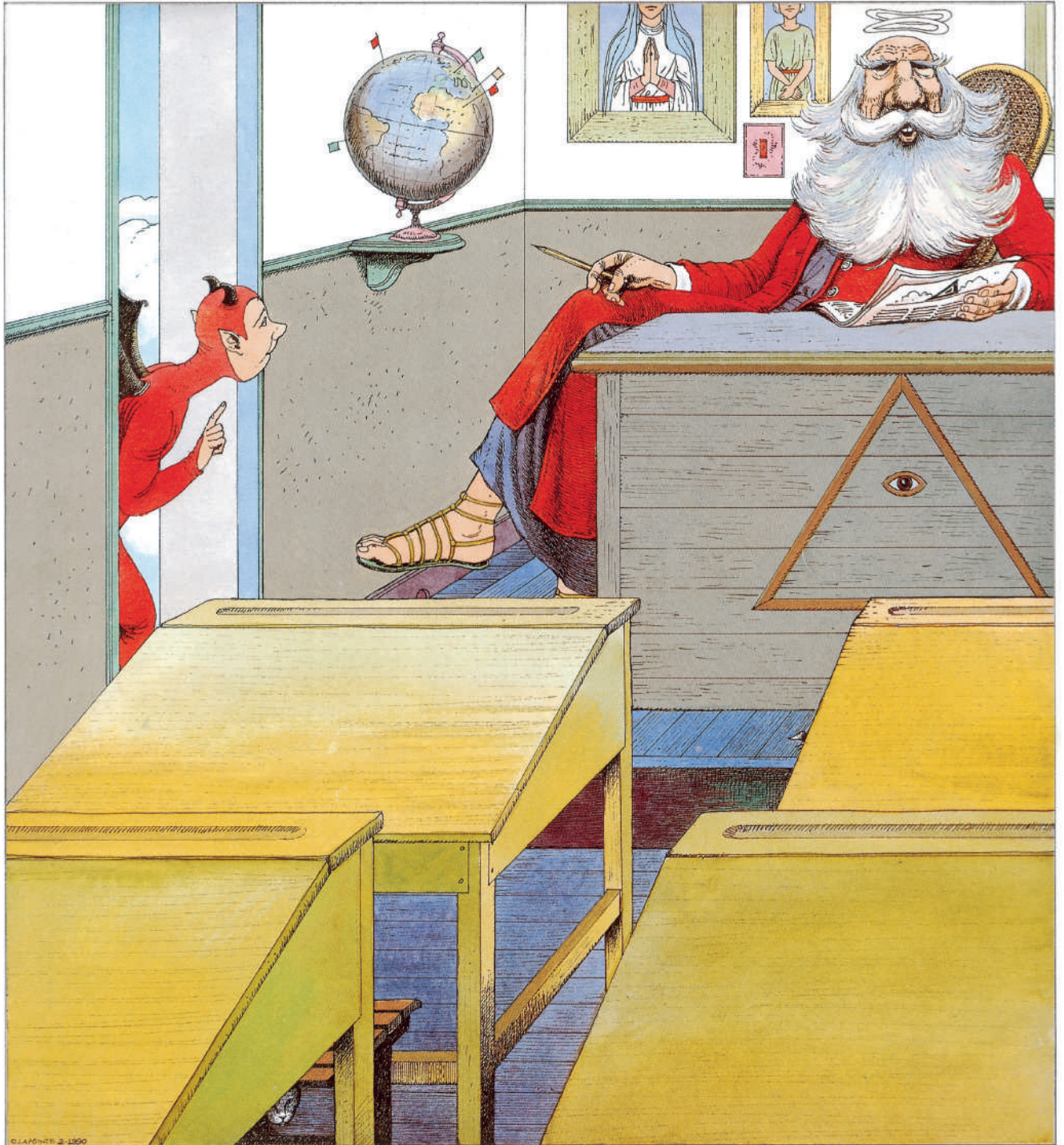
El diablito se sentó en un pupitre. Ahí había papel y pluma. Tomó la pluma, la sumergió en el tintero y esperó.

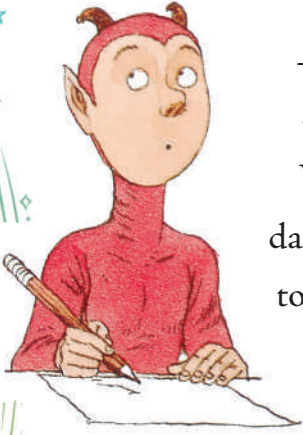
—¿Estás listo? —preguntó Dios—. Comenzaré.

El diablo se inclinó sobre el papel y... no escuchó nada. Al cabo de un largo segundo, levantó la cabeza y vio que Dios movía los labios, pero sin emitir ningún sonido.

—Disculpe, señor Dios...

—Por favor, no me interrumpas. ¿Qué sucede?





—No lo escucho.

—¿De verdad? Entonces volveré a empezar.

Y Dios se puso a mover los labios sin decir nada. Luego, dado que el diablo se quedaba inmóvil, le preguntó con tono severo:

—Y bien, ¿qué esperas? ¿No sabes escribir?

—Ah, sí, pero...

—Está bien, lo repetiré una tercera vez. Pero si no escribes nada, ¡te pondré cero!

Y reanudó su misma mímica.

“Bueno, qué le vamos a hacer”, se dijo el diablito, “escribiré lo primero que se me ocurra”.

Y se puso a escribir con todo el cuidado del mundo:

Querido Dios,

Estoy muy triste, pues no escucho una sola palabra de lo que dice. Sin embargo, dado que tengo que escribir, aprovecho para decirle que lo amo mucho, que quisiera ser bueno para permanecer a su lado, aunque me correspondiera ser el último de sus ángeles.

PEQUEÑO DIABLO ROJO

—¿Terminaste? —preguntó Dios.

—Sí, señor.

—Bien, entrégamelo.

Dios tomó la hoja de papel, leyó, levantó las cejas y se echó a reír:

—Y sin embargo, ¿es cierto que sabes escribir!

—Entonces, ¿pasé el examen?

—¡No tan rápido! ¡Aun queda lo más difícil! Pasa a la sala de al lado, con mi madre, para hacer el examen de cálculo. Ten cuidado, porque mi madre es muy severa. ¡Anda!

—¡Gracias, Dios!

En la tercera puerta, había una placa de oro con esta inscripción:

Virgen María

Madre de Dios

Reina del cielo

Toque antes de entrar

El diablo tocó a la puerta dos veces. Una voz de mujer le respondió:

—Adelante.

Era también un salón de clases, pero muy pequeño, minúsculo, con un solo pupitre y una silla. Por supuesto, la madre de Dios estaba sen-

tada en una silla. Llevaba puesto un largo vestido azul, y tenía una magnífica aureola de tres niveles. El diablito tenía tanto miedo que no se atrevió a decir ni una palabra.

—Siéntate —dijo la Virgen.

Le dio una hoja de papel, una pluma y lápices de colores. Luego le dijo:

—Ahora, ¡pon atención! Dame un número de tres cifras, divisible entre tres, que tenga los ojos azules y una pierna más corta que la otra. Regresaré en diez minutos. Si en diez minutos no has encontrado la respuesta, serás rechazado.

Y salió.

Entonces, el diablito creyó que estaba perdido. No obstante, esta vez tampoco quiso quedarse sin hacer nada, y se dijo: “De todas formas voy a buscar números de tres cifras divisibles entre tres. Será mejor que nada...”.

Ustedes saben, quizá, que un número es divisible entre tres cuando la propia suma de las cifras es divisible entre tres. El diablito se puso a escribir algunos números uno tras otro:

123, 543, 624, 525, 282, 771, 189, 222, etcétera.

Luego los observó como soñando despierto y, de pronto, al volver a ver el número 189, se percató de una cosa:

Se dio cuenta de que 189 tenía una panza, una cabeza y dos piernas. La cabeza era la curva superior del 8, y la panza, su curva inferior. En cuanto a las dos piernas, éstas eran el 1 y el 9, y tenían diferentes extensiones, pues la cola del 9 estaba por debajo de la línea que el 1 no rebasaba.

Entonces cortó la hoja en dos y dibujó un bello 189 sobre la mitad que estaba limpia, con el 8 un poco levantado respecto de las otras dos cifras. Sólo faltaba dibujar dos ojos azules en la parte superior del 8, lo cual hizo rápidamente. De paso, dibujó una pequeña boca roja, una naricita y dos orejas. Apenas terminó cuando la madre de Dios regresó:

—¿Y bien? ¿Terminaste?

Se acercó, observó la hoja y se echó a reír:

—Pero ¡qué bonito!

Tomó la mitad de la hoja entre su pulgar y su dedo índice, la sacudió un poco, ¡y plac! El número 189 cayó sobre el pupitre, de donde saltó hacia el suelo, y ahí corrió cojeando alegremente hasta salir por la puerta que la Santa Virgen había dejado abierta. Y nadie se sorprendió, pues hay de todo en el Paraíso: humanos, animales, objetos... ¡incluso números!

—Aprobaste —dijo la Virgen María—. Ahora te acompañaré.

Y acompañó al diablito. Primero a las regaderas, para limpiarle algunos pequeños pecados que pudieran quedarle. Luego por la estación de

vestimenta, donde cambió sus alas de murciélago por un bello par de alas de cisne. Finalmente, lo llevó al peluquero, quien intentó cortarles los cuernos. Pero estaban muy duros y se limitó a colocar sobre ellos una aureola nuevecita y blanca como la leche.

Después de eso, volvieron al patio. Esta vez, estaba lleno, pues era la hora del recreo y la madre de Dios les presentó el diablo a los demás ángeles.

—He aquí —dijo— un nuevo compañero. Tiene mucho mérito que esté con nosotros, ¡pues viene de lejos! Les pido que lo traten como uno de ustedes.

Hubo un murmullo de sorpresa, y un viejo ángel rosa dio un paso al frente:

—Disculpe, Santa Virgen, ¡pero no es posible! Un ángel rojo con un par de cuernos ¡no se ha visto jamás!

—No sean tontos —dijo la Virgen María—. Jamás se había visto, de acuerdo. ¿Y luego? ¿Acaso es la primera vez que vemos algo nunca antes visto?

Los demás ángeles se echaron a reír, y el viejo ángel rosa aceptó de buena gana que había dicho una tontería.

El diablito es ahora un habitante del Cielo. Y si el Paraíso



no fuera el Paraíso, los demás ángeles le tendrían envidia por su piel roja y sus cuernos negros.

En cuanto a su papá diablo, éste comenzó a sacudir la cabeza al enterarse de lo que había pasado:

—¡Tenía que ser! —dijo—. Así debía terminar. De tanto portarse mal, ¡terminó yéndose con Dios! Pues bien, ¡allá él! ¡No quiero escuchar nada más al respecto!

Si alguna vez van al Infierno, eviten toda alusión al diablito rojo. Allá abajo se cree que esta historia es un mal ejemplo para los jóvenes, ¡y más valdría que se callaran!

